

**Arte, cultura, sociedad e
imaginario estético:
redimensiones desde las
nociones de espacio y tiempo
históricos**

Ada Rodríguez Álvarez

*Universidad Pedagógica Experimental Libertador-
Instituto pedagógico de
Barquisimeto, Venezuela.
yeshuaanra@gmail.com*

Pedro Rodríguez Martínez

*Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado
Barquisimeto, Venezuela.
prodriguez@ucla.edu.ve*

*Ada Rodríguez es licenciada en Idiomas Modernos
(Universidad Central de Venezuela), magister scientiarum
en Letras (UCV), magister scientiarum en Lingüística
(UPEL-IPB), doctora en Ciencias de la Educación
(Universidad Fermín Toro), doctorante en Cultura
Latinoamericana y Caribeña (UPEL-IPB), docente de la
Universidad Pedagógica Experimental Libertador y
coordinadora de la Maestría en Lingüística en la misma
universidad.*

*Pedro Rodríguez es profesor en Educación Integral
(UPEL IPB), magister scientiarum en Educación
Superior (UPEL IPB), doctorante en Cultura
Latinoamericana y Caribeña (UPEL-IPB). Docente del
programa de Artes Plásticas de la UCLA.*

Recibido: 26 de marzo de 2017 / Aceptado: 12 de mayo de 2017

RESUMEN

El presente ensayo tiene como objetivo presentar un ejercicio de reflexión sobre las nociones arte y cultura y su relación con las categorías históricas tiempo y espacio; este ejercicio argumentativo resulta importante y necesario para el estudio de los productos del arte en el campo de los estudios culturales tan en boga en Latinoamérica y de reciente proyección en Venezuela, especialmente en el Centroccidente del país. Ésta es una reflexión que se organiza desde un sistema de argumentación de autoridad basado en el debate de algunas ideas como las expuestas por Castoriadis (1997 y 2004), Cassirer (1999), Jameson y Žižek (1998) y Hauser (1975); metodológicamente, este ensayo se organiza como un constructo discursivo que se apoya en el enfoque hermenéutico desde el cual se emplea la técnica exegética para el abordaje de las ideas e insumos teórico-argumentativos. Entre los argumentos más destacados resaltan: a) arte y cultura deben ser estudiadas de forma particular y contextualizada; b) las categorías tiempo y espacio son indispensables tanto para el estudio de la cultura como para la investigación en productos del arte; c) lo religioso, lo histórico, lo social, lo político y lo económico pueden estar contenidos en los productos del arte y por ello, éstos son expresión no sólo de la individualidad de sus creadores sino también de un pensamiento culturalmente compartido, es decir, de un pensamiento colectivo y d) el arte es el reflejo especular del hombre, su cultura, su sociedad, su espacio y su tiempo.

Palabras Clave: Arte, Cultura, Espacio, Tiempo, Productos del arte.

**Art, culture, society and aesthetic imaginary:
Redimensions from Historical Time and Space notions**

SUMMARY

The objective of this essay is to present an exercise of reflection on the notions of art and culture and their relationship with the historical categories of time and space. This argumentative exercise is important and necessary for the study of art products in the field of cultural studies that are in vogue in Latin America and in recent projection in Venezuela, especially in the Central West area of the country. This is a reflection that is organized from a system of authority argumentation based on the debate of some ideas such as those presented by Castoriadis (1997 and 2004), Cassirer (1999), Jameson and Žižek (1998) and Hauser (1975). Methodologically, this essay is organized as a discursive construct based on the hermeneutic approach from which the exegetical technique is used to reach ideas and theoretical-argumentative inputs. Among the most distinguished arguments highlight: a) art and culture must be studied in a particular and contextualized way; b) the time and space categories are both indispensable for the study of culture and for research in art products; c) the religious, the historical, the social, the political and the economic can be contained in the products of art and, therefore, they are an expression not only of the individuality of its creators but also of a culturally shared thought; that is, of a collective thought and d) art is the specular reflection of man, his culture, his society, his space and his time.

Keywords: Art, Culture, Space, Time, Art products.

**Art, culture, société et imaginaire esthétique :
Redimensionner depuis les notions d'espace et du
temps historiques
RÉSUMÉ**

Le présent essai vise à présenter un exercice de réflexion sur les notions d'art et culture et sa relation avec les catégories historiques du temps et d'espace; cet exercice argumentatif semble important et nécessaire pour l'étude des produits de l'art dans le domaine des études culturelles si répandus en Amérique latine dont le Venezuela a l'air de se projeter récemment, spécialement la région centre-ouest du pays. C'est une réflexion organisée depuis un système d'argumentation d'autorité basé sur le débat de quelques idées comme celles exposées par Castoriadis (1997 et 2004), Cassirer (1999), Jameson et Žižek (1998) et Hauser (1975); méthodologiquement, cet essai est organisé comme un schéma réfléchi lequel on appuie dans le point de vue herméneutique depuis lequel la technique exégétique s'emploie pour aborder des idées et des facteurs de production théoriques - argumentatifs. Entre les arguments les plus remarquables: a) l'art et la culture doivent être étudiés d'une façon particulière et contextualisé; b) les catégories: temps et espace sont indispensables pour l'étude de la culture et pour la recherche des produits d'art; c) la religion, l'histoire, la société, la politique et l'économie peuvent être contenues dans les produits d'art et par conséquent, s'expriment non seulement à travers de l'individualité de ses créateurs mais aussi d'une pensée culturellement partagée c'est-à-dire d'une pensée collective et d) l'art est le reflet spéculatif de l'homme, sa culture, sa société, son espace et son temps.

Mots-clés : art, culture, espace, temps, produits de l'art.

*La cultura es el fin y el
medio del desarrollo.*

L.S. Senghor, poeta (Senegal,
1906-2001)

En Maraña, M. (2010)

Reflexiones Preliminares

En la sociedad actual, pareciera que el hombre asume que todo concepto y toda verdad son siempre relativos y cualquier explicación es pertinente en virtud de que vive la llamada era postmoderna; esta visión ha llevado a estereotipar conceptos o a convertirlos en clichés o en redes de sentido que se pierden en la infinidad de posibilidades de interpretación sin que en ellos se detallen valores de sentido particulares. Muchos de esos conceptos ya han sido, desde hace siglos concebidos de manera ambigua o genérica sin mayores reparos; nos referiremos específicamente en estas reflexiones a términos como arte y cultura.

En el caso del arte, por lo general, el individuo común la asocia a las artes plásticas, esencialmente el arte pictórico; en cuanto a la cultura se asume como un término que recoge toda aquella manifestación material o inmaterial de cualquier sociedad. Pero, con precisión, tales términos no son dialogados desde la comprensión de su vastedad ni de sus alcances. El presente producto escritural no pretende lograr una definición precisa de dichos términos sino que se construye como una reflexión en torno a ellos en aras de comentar lo potencialmente inclusivo en tales conceptualizaciones.

De modo que desde sus visiones, los creadores de este artículo sostienen que el arte, la cultura y los imaginarios sociales, en sus dinámicas, arrojan el tiempo y el espacio históricos en los cuales emergen y conviven los productos del arte; todo ello en aras de complejizar las referidas nociones para develar la dinámica que ellas comportan como términos que envuelven una amplia red simbólica en la cual se aprecia la propia complejidad del pensamiento humano.

Desde esa postura y sin ser rigurosos en las clasificaciones dado que ellas son tan variadas y detalladas como quienes las elaboran, iniciamos por indicar que el arte involucra todas las formas de expresión estética que posee el ser humano de forma natural y aprendida, las cuales le permite expresar su pensamiento, sus ideas o emociones desde diversas materializaciones en productos culturales variados y por ello debe ser concebido como una forma de comunicación del ser humano. El arte incluye multiplicidad de productos materiales concretos y abstractos que recogen tales sentires y que tienen como fin la expresividad del espíritu humano.

En atención a lo antes referido, el arte abraza las expresiones literarias manifiestas en sus distintos géneros (lírica o poesía, narrativa, prosa y teatro); por ello, podemos hablar de arte literario o de arte lírico cuando de la expresión del género poético se trata. Igualmente, incluye la música en todas sus géneros danza, profana o dramática por ejemplo o según su instrumentación (vocal o instrumental) e, indiscutiblemente, incluye las artes visuales o más particularmente las artes plásticas (también

llamadas Bellas Artes), manifestaciones todas que desde su hacer materializan las visiones del ser humano en creaciones dibujísticas, pictóricas o esculturitas, por nombrar algunas.

En lo atinente a la noción de cultura, ésta ha recorrido un largo camino desde su más clásica acepción asociada a las labores de la labranza de la tierra, significada para su momento como cultivo; es por ello que aludía al reconocimiento de la persona sabia y diestra en su hacer, y de allí que era llamada "cultivada". Múltiples son los matices que ha tomado el término a partir del siglo XX, con lo cual se ha hecho más complejo y menos restrictivo conceptualizarla y entenderla en su sentido; dado que las sociedades no pueden ser definidas todas bajo un patrón común sino que cada una produce un conjunto significativo que le es propio y del cual se genera su identidad, hablar de cultura como una única acepción general no parece ser del todo pertinente.

Es innegable que cada sociedad tiene sus propias apreciaciones del mundo que la rodea y, por ello, cada conjunto humano escoge valores de sentido que le son propios y únicos; esta realidad es lo que hace diferente a cada cultura y sus formas de representación del mundo. Amén de ello, todas las sociedades del mundo pueden mantener hilos conductores y aspectos afines desde el momento en que todas se erigen sobre constructos de pensamiento humano; pero pueden discrepar en aspectos particulares definitorios de su especificidad cultural.

Arte y cultura entran en diálogo para quienes suscriben en la medida en que esos conceptos se supeditan el uno al otro; ni el arte ni la cultura

pueden ser asumidos exclusivamente desde formas significativas genéricas sino que además, deben ser vistas desde un efecto que particulariza y que dé cuenta de las identidades colectivas e individuales de cada sociedad donde ellas emergen como constructos de sentido; por lo tanto, existe una estrecha vinculación entre los productos del arte y el momento y espacio históricos en los cuales ellos son elaborados y expuestos. Esto se debe a que, precisamente, cada grupo humano posee un carácter individual y otro colectivo; adicionalmente, dentro de una determinada sociedad confluyen individuos particulares y cada uno asume el mundo desde su universo general social pero también particular e íntimo. En otras palabras, los símbolos son dobles pues no sólo responden a lo personal del ser humano sino también a lo grupal que es parte del universo cosmogónico de la sociedad en que convive; esa capacidad signífica doble es exclusiva de las sociedades humanas. De suerte que, toda sociedad tiene una cosmogonía que fusiona lo propio y lo ajeno, lo personal y lo grupal, lo individual y lo colectivo en el aquí y en el ahora pero que, potencialmente puede dialogar más allá del tiempo y el espacio.

Esta visión una y doble hace del ser humano un animal simbólico y complejo por naturaleza; la capacidad de imaginar y representar lo imaginado es lo que le permite comunicar ideas, pensamientos y emociones. Esa capacidad de representación del mundo que observa y de atribuir valores simbólicos a lo observado está, además, doblemente articulada en subplanos; en otras palabras, esos mismos planos duales (individual-colectivo, personal-grupal, propio-ajeno e incluso, yo-otro) se articulan creando planos

generales y otros que pueden verse como subplanos donde también se percibe una dualidad. Si pensamos en un primer plano individual allí confluye un subplano dual en el cual el hombre percibe al mundo (grupal) y se percibe a sí mismo (individual) y un subplano colectivo en el cual el ser humano se identifica con otros que asume como sus iguales (yo-otros); en esta complejidad los individuos sociales entran en diálogo con el universo que los envuelve (propio o ajeno).

Estos planos se pueden apreciar en un individuo cualquiera y en una sociedad cualquiera donde habita y cohabita; de manera que arte y cultura conviven siempre inmersas en esa complejidad humana dentro de una sociedad particular; pero el dilema no acaba allí; llamemos a este conjunto humano Sociedad A. Esa Sociedad A no es única, es una de miles de otras sociedades, sean ellas llamadas Sociedad B, C, D, entre tantas otras; éstas son también sociedades simbólicas y articuladas en los mismos subplanos; pero, ninguna de ellas se asemeja a la Sociedad A. La diferencia entre estos conjuntos humanos radica en que cada uno tiene su propia cultura, su propia visión de mundo, su propia cosmovisión y, en consecuencia, el arte en cualquiera de sus manifestaciones reproducirá esta misma dinámica; adicionalmente, a esta realidad se suma que los efectos de sentido se matizan en atención a las circunstancias y las confluencias sociohistóricas de un tiempo y espacio determinados donde subsisten los productos culturales del arte.

En concordancia con lo antes referido, cada sociedad manifiesta su pensamiento de manera

particular; la pregunta de rigor sería: ¿Cómo puede observarse de manera puntual estas diferencias entre una cultura y otra? Una ventana para observar la realidad y dar una posible respuesta a esta interrogante lo constituyen las manifestaciones materiales del pensamiento humano; por consiguiente, el arte en todas sus manifestaciones bien puede ser la clave cultural de toda sociedad. Ya sea desde la literatura, la música, la pintura, la escultura, la arquitectura entre otras, el hombre vuelve concreto el pensamiento social que lo envuelve.

A través del estudio de la obra de arte en cualquiera de sus materializaciones se pueden descubrir las claves de sentido no sólo de un individuo sino aquel de toda una sociedad, un período histórico y un geografía particular sea ella local, nacional, o internacional. De manera que, desde la revisión de las distintas manifestaciones del arte se puede analizar la manera como logran dialogar los hombres y las sociedades más allá de las barreras del tiempo y del espacio. Arte y cultura no sólo pueden ser vistos, por lo tanto, como conjuntos de sentido genéricos exclusivamente sino que deben ser asumidos desde aspectos particularizantes en cada sociedad y en consonancia con los imaginarios de los hombres que conviven en ellas.

La cultura: centro vivencial del arte

La cultura es un término muy abstracto; por lo general, se asocia a múltiples aspectos relativos a distintos campos asociativos de significado. Para algunos, la cultura se refiere a la civilización, para otros al conocimiento y algunos otros consideran que involucra tradiciones y costumbres o los modos de vida; pero, la cultura puede también abarcar aspectos

gastronómicos y, por ello, en la definición de cultura para un determinado país puede incluirse un plato típico o plato tradicional. Amén de ello, la cultura puede referirse a algún comportamiento social como una forma de trato o de saludo y también a un valor material, producto del arte, como una escultura o incluso una pieza arquitectónica como una catedral. L.S. Senghor ha relacionado la noción de cultura con la referida al desarrollo y, de alguna manera, esa reflexión es necesaria en la medida en que el desarrollo de una nación también influye en los determinantes culturales de su pueblo.

Si se revisan los documentos de valor internacional que han tocado el tema, nos encontramos con definiciones muy valiosas que permiten configurar la imagen de un pueblo y su gente, en cuanto se apliquen a la particularidad de cada conjunto poblacional. La declaración de la ONU (2011), por ejemplo, definió la cultura desde la noción de “deber”, asunto que infringe un agregado de obligación en la atención del concepto y sus implicaciones. En ese escrito se señala:

La cultura debe ser considerada como el conjunto de los rasgos distintivos espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o a un grupo social y que abarca, además de las artes y las letras, los modos de vida, las maneras de vivir juntos, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias. (p. 4)

Antes de comentar esa definición, se puede presentar la referida por Geli, citado por Maraña (2010), quien añade un criterio interesante que bien pudiera englobar aquel planteado por la ONU en la cita arriba acotada; Geli considera que:

La palabra cultura es, (...), una palabra ‘maleta’, que junto con otras, como ‘educación’, son «palabras que pueden significar todo y no aclarar nada». (...) «muchas veces nos llenamos la boca con palabras como cultura sin saber exactamente a qué nos referimos». (p. 4)

En las dos citas anteriores se aprecian dos aspectos de interés para los autores de las presentes consideraciones teóricas: 1) la versión de la ONU reviste un carácter definitorio muy completo que deja ver consideraciones muy presentes en percepciones de las ciencias sociales específicamente en campos de la Sociología, la Antropología, la Estética y hasta de la Psicología; aunque no señala puntalmente los aspectos relativos a la economía y a la política que también deben estar implícitos en el concepto, éstas dos últimas son tan relevantes que pueden generar en una cultura a su vez subculturas que movilizan las dinámicas internas de los grupos humanos, matizando profundamente la visión de sus individuos, lo que a su vez repercuten en la conciencia social del colectivo. 2) A la voz cultura se le ha atribuido una noción de recipiente (lo que Geli quiso tal vez indicar con la expresión “palabra maleta”) pues es una suerte de receptáculo de aspectos variados e imprecisos.

A juicio de quienes escriben, al analizar la

postura de Geli, es necesario establecer precisiones más específicas cuando de cultura se trata; esto es, la cultura no puede ser concebida como un concepto global o general como pueblo, ciudad o país que involucran un valor genérico y generalizador. La cultura lo es en cuanto ella permite referirse a los aspectos definitorios y precisos de un conjunto humano cohesionado; pero, de igual modo, muy variado que actúa y se expresa en su cotidianidad y esos aspectos siempre están sujetos al sentir de sus individuos. En consecuencia, a la definición general del término, se debería sumar las particularidades de cada sociedad estudiada lo que contradictoriamente resulta en una gran dificultad de cara a una tradicional visión totalizadora y “generalizante” del término “cultura”.

Más allá de la valía que pudiera atribuirse a las reflexiones diversas en torno al término, cuando se habla de cultura –para emplear las ideas de Ferdinand De Saussure, “padre” de la Lingüística- no se trata únicamente de atribuir un significado a ese significante. En consecuencia, quienes suscriben, consideran que la definición de la voz cultura sigue estando en un sitio de consideración para la reflexión.

De ahí que, particularmente, los autores de estas ideas asumen la cultura como una noción semántica y semióticamente conformada desde múltiples aristas de sentido: desde lo religioso, desde lo histórico, desde lo social, desde lo político y desde lo económico que puede ser representada en productos humanos que revelan los valores del individuo y del colectivo social desde un conglomerado significativo que puede verse manifiesto en cualquier producción del pensamiento humano. De modo que, la cultura se vive y se manifiesta en las obras del hombre; el arte

como forma de manifestación del pensamiento así lo refleja. Millán Puelles, citado por Supisiche (s. f.), señala:

Vivir culturalmente es vivir desde la propia decisión del espíritu y configurar el mundo acorde a los propósitos humanos. El acto de cultura y la obra cultural reposan en la libertad en que el hombre observa, concibe y juzga, emplaza sus objetivos y selecciona los instrumentos para su realización.(p. 2)

A partir de la reflexión de Millán Puelles, podemos asegurar que el arte como manifestación del pensamiento conlleva una relación directa con la cultura y la sociedad donde se manifiestan puesto que el hombre vive la cultura desde los mismos procesos de observación y valoración con que asume la vida social. El arte es, por tanto, un reflejo especular del hombre y su cultura; consecuentemente, no puede ser generalizado ni descrito desde planos genéricos olvidando sus matices contextuales.

En atención al anterior señalamiento, hay que hacer hincapié en que la cultura y la sociedad resultan tan condicionantes para el desarrollo del arte que desde las acciones de éstas se establece el sentido que tiene el arte para el individuo; es decir, los significados que los seres humanos le atribuyen a los productos del arte que están en su medio recogen en gran medida generalidades del colectivo al tiempo que comunican particularidades de tales individuos en cuanto a creencias, valores, sentimientos y pensamientos. Esa percepción se puede apreciar si se entiende que el arte connota significados culturales para el artista y su modo de vida, su cosmogonía y su

percepción del mundo que entran en comunión o diálogo con su público observador puesto que es precisamente ese mundo lo que estimula sus habilidades en la producción de símbolos que se expresan en su obra y que son interpretados de múltiples formas por una sociedad que admira dichos códigos emergentes de la propia conformación de la obra de arte.

El impacto que el arte representa para la cultura como configurador social otorga a los individuos la capacidad de reflexionar sobre sí mismos y hacerlos seres humanos racionales, críticos y éticamente comprometidos consigo y con quienes lo rodean; por ello puede decirse que es a través de la cultura que los individuos se definen y toman consciencia de lo que son, se reconocen y cuestionan sus propias realizaciones; su constante intranquilidad los impulsan a buscar nuevas significaciones y crear desde el arte esa obra que los transcienda. Pareciera que esta constante búsqueda afianza la idea que remite a la cultura como poseedora de un valor tanto material como espiritual que aporta al ya complejo, cambiante y multifacético sentido del arte su mayor fortaleza: eso que la convierte en un misterio particular que acompaña a cada individuo y lo convierte en un catalizador de su realidad, un aprehensor artística del mundo y sus percepciones.

En definitiva, se puede decir que somos creadores innatos, vivimos, sentimos y tratamos de entender y explicar lo que vemos incluso desde nuestra llegada al mundo, claro está, rodeado por la impronta de una cultura que nos expone ideas y experiencias que desbordan nuestra comprensión, perspectiva o explicación de lo que vemos, vivimos y sentimos. La cultura y el arte -como la más fiel

expresión humana- movilizan primeramente las posibilidades de expresar o compartir nuestras ideas y experiencias; esto de la mano literalmente de los artistas, arquitectos, escritores, entre otros.

Igualmente, también permite identificarnos y apropiarnos de esas creaciones porque comparten la esencia de lo que somos, al tiempo que expresan ideas y experiencias que para el hombre son cruciales para interactuar y desarrollar conocimientos y perspectivas nuevas que justamente le permiten coexistir en los constructos socio-culturales de su mundo; arte y cultura acercan al hombre más a afianzar y consolidar su proceso de creación y recreación de sentidos, en palabras puntuales, su identidad.

Representación, imaginario estético y cultura en interacción socio histórica

Cuando se piensa en ese universo simbólico del ser humano no basta con referirse a la acepción de términos o a la mera descripción de signos y símbolos sino que se requiere de la observación de los seres que habitan un espacio geográfico para delimitar los condicionantes que revelan la idiosincrasia y –en palabras de Heidegger (2000)- la esencia y el ser; estos pormenores identitarios llevan al ser humano a semantizar y resemantizar el mundo que observa constantemente; de modo que la cultura está sujeta a los individuos y sus maneras de percibir e imaginar el mundo.

Respecto a esto último, pareciera fácil comprenderlo así, aunque si se complejiza el término y sus implicaciones es necesario analizar si precisamente la cultura es aquello que identifica al

hombre o es el hombre que condiciona su cultura; esta última aseveración resulta interesante de repensar y reconsiderar. Si el hombre es el creador de la cultura éste puede modificarla y dirigirla hacia el constructo social que el mismo decida o, si por el contrario, la cultura como la primera obra de creación humana es quien impone sus condiciones puede inducir al hombre a modificarse y conducirse por donde ella quiere, por su puesto en pro del deber ser social. Este asunto es interesante y merece reflexión por parte de los cultores en general para entender nuestra premisa “Sin el hombre no hay cultura y no hay hombre sin cultura”.

El hombre crea a través de diversas formas materiales e inmateriales, tangibles e intangibles, características de una cultura que una vez asumida e internalizada identifica al propio hombre e identifica a su sociedad, la cual en su necesidad de permanencia y consolidación complejiza sus estructuras indentitarias, trastocando en su dinámica a sus propios individuos; esto explica de algún modo aquello que Freud explicaría cuando señala que no sólo es la cultura quien modifica al hombre, sino que ésta le hace pagar un precio por volverse individuo cultural, precio que se cristaliza en aquello que él llamaba represión de sus pulsiones.

Pareciera entonces que la constitución del mundo socialmente se debate en identificarnos y definirnos y para ellos creamos marcas, códigos o signos que se convierten en representaciones de la cultura, impronta personal que nos hace pertenecientes y prisioneros de estructuras y normas sociales; ideas que remiten a aquello que Aristóteles en su vieja afirmación comentaba: si vives fuera de la

polis o eres una bestia o eres un dios. Su aseveración servía para ilustrar la situación de los bárbaros con respecto a Grecia, quienes no eran acreedores de la producción cultural griega-ateniense; como individuos carentes de ese saber cultural, no eran dignos de vivir en la polis; si querían pertenecer a la misma el precio a pagar era la culturización o adopción de los valores culturales aceptados por la Grecia antigua.

Esto muestra que el hombre innegable e inevitablemente está atado a códigos socio-culturales que son los que le identifican realmente en su sociedad, diría Nietzsche, los seres humanos están bajo la tiranía del logos; esto es, en el caso de la cultura, al razonamiento social y contextual de la sociedad en que vive. El hombre es por y para su sociedad; consecuentemente, la red simbólica y de sentido debe estar forzosamente ajustada a esta realidad.

En atención a lo antes señalado, comprender las complejidades sociales no es tan sencillo puesto que muchos autores se debaten entre atribuir a la cultura un carácter interno o, al contrario, dotarla de un valor externo al ser humano, negando con esto último la estrecha relación entre el hombre y su contexto vivencial. En esta dinámica dual, Cassirer (1999) ha discurrido sobre la relación arte y cultura de forma ambivalente; pero, también asume posturas que evidencian la estrecha relación entre las manifestaciones estéticas y artísticas del ser humano, su mundo interior y su contexto cultural, y por ello plantea:

(...) aquella cristalización que la vida experimenta en las diferentes formas de la cultura, en el

lenguaje, el arte y la religión, no constituye pura y simplemente la antítesis de lo que el yo debe exigir, en virtud de su propia naturaleza, sino, por el contrario, el supuesto para que pueda encontrarse y comprenderse en sí mismo, en su propia entidad. (p. 14)

Efectivamente, en las materializaciones del pensamiento del ser humano, sea cual fuere dicha expresión material, el sujeto se encuentra a sí mismo, se comprende y se intuye; pero esta conciencia de sí sólo se dinamiza en un contexto en el cual dicho sujeto se encuentra con otros con los cuales se siente en conexión y se hermana o iguala con aquellos con quienes guarda relación, sea ella una relación de convergencia o de divergencia, supuesto básico de la relación de identidad.

Para los autores de este escrito, la relación de identidad cultural nace precisamente de una vinculación entre los referente simbólicos de un conjunto humano dentro de un mismo espacio geográfico-territorial; en esta dinámica significativa las sociedades construyen imaginarios simbólicos afines y similares a través de los cuales interpretan el mundo; pese a las diferencias individuales, los iguales culturales asumen representaciones del mundo que les permiten comunicarse unos con otros. De ahí que el arte mantenga estos vasos comunicantes a través de los cuales el artista se manifiesta desde su individualidad pero en atención a un espacio colectivo.

Hauser (1975), sostiene que el impulso artístico individual o colectivo se manifiesta según la medida de las necesidades sociales y se expresa en

formas que responden a esas necesidades. No hay cometido o efecto esperado a la hora de crear sin relación con el medio interhumano o social. El interés subjetivo de la creación artística, la voluntad y capacidad de expresión no se pueden separar de las condiciones sociales ni tampoco se pueden deducir de ellas. Hauser (op. cit.) deja entender que el individuo y la sociedad son inseparables, tanto histórica como sistemáticamente.

El artista como hombre de ese colectivo en su rol de ser social simultáneamente se convierte en productor y producto de signos y símbolos para esa sociedad y constantemente en su acto creador se planta en la promesa de no ser un individuo independiente o autónomo; pero tampoco un desarraigado o enajenado, apuntando más a convertirse en el develador del enfrentamiento entre las esencias humanas que se matizan y condicionan de la mano de una sociedad que constantemente busca interpretarse y resolverse.

El *yo* y el *tú* se encuentran en diálogo ante las manifestaciones del arte en los momentos de interpretación de tales manifestaciones: de ahí la vivencia identitaria ante la percepción de una melodía propia, unos colores familiares o unos relatos comunes que transportan al espectador del arte hacia universos de diálogo común y compartido.

Las expresiones del arte no son, por ende, pasivas sino que en ellas se encuentran puntos de enclave entre el hombre y su sociedad que se dinamizan ante cada nueva apreciación. Esto es lo que confiere el carácter universal a la obra de arte pues en los productos materiales del hombre

convergen elementos comunes que enlazan las cosmogonías susceptibles de interpretación de dos o más personas; la universalidad se logra una vez que la obra de arte desborda las barreras del espacio y del tiempo en que ella emerge. Pese a ello, ninguna obra de arte pierde su valor local o contextual.

Vale la pena interrogarse sobre las maneras como ocurren esos espacios identitarios comunes: inicialmente sostuvimos que el hombre es un animal simbólico, consiguientemente, toda sociedad hecha por el hombre conserva sus símbolos y los recrea en cualquier forma de expresión humana. De ahí que, más allá de las latitudes o los momentos históricos, el hombre preserva muchos de sus símbolos en los espacios mentales conscientes e inconscientes; por consiguiente, se comprende que Castoriadis (2004) afirme que: "(...) el individuo es un producto de la sociedad, una fabricación social mediante la cual la sociedad se perpetúa y existe realmente". (p. 38)

Luego, también Castoriadis (1997) sostiene que: "Las significaciones imaginarias sociales crean un mundo propio para la sociedad considerada, son en realidad ese mundo: conforman la psique de los individuos. Crean así una "representación" del mundo, incluida la sociedad misma y su lugar en ese mundo (...)". (p. 9) A partir de esta aseveración, se puede comprender la estrecha vinculación entre el hombre, los símbolos y su sociedad; igualmente, puede dibujarse la noción de identidad sobre la confluencia de aspectos afines entre los seres humanos de un mismo conjunto social o de conjuntos hermanos y afines.

El arte: manifestación cultural del pensamiento humano

Las expresiones del arte son constructos que inician en la mente de un individuo particular; mas, el arte se convierte en un lenguaje universal y colectivo que nace desde un ser con actitudes particulares que le permiten observar el mundo con sentidos críticos y sensibles; de ahí que Cassirer (op. cit.) afirma:

(...) la humanidad, con su lenguaje, su arte, con todas sus formas de cultura, se crea en cierto modo un nuevo cuerpo, que pertenece en común a cuantos la forman. Ciertamente es que el individuo, en cuanto tal, no puede transmitir a sus descendientes las aptitudes individuales adquiridas por él a lo largo de su vida. Estas aptitudes forman parte del "soma" físico, el cual no es transmisible por herencia. Pero lo que el hombre, desentrañándolo en sí mismo, plasma en su obra, lo que expresa por medio del lenguaje, lo que representa plásticamente por medio de la imagen, eso queda "incorporado" al lenguaje o al arte y perdura a través de ellos. (pp. 59-60)

Si bien es cierto que el universo personal del artista literario, musical o plástico no es transmisible, sí puede consentirse que el ser humano bien puede transmitir sus formas de ver el mundo de generación en generación a través de la obra de arte y de ahí que las grandes piezas u obras maestras han sobrevivido

a lo largo de los años para entrar en diálogo dinámico y constante con las sociedades que le son posteriores. Pese a las múltiples interpretaciones que dicha obra pueda tener y de la dinámica de los tiempos posteriores, en ella resiste el espíritu inicial de la mano creadora y de allí que Cassirer (op. cit.) sostenga categóricamente:

La obra no es, en el fondo, otra cosa que un hecho humano condensado, cristalizado como ser, pero que tampoco en esta cristalización reniega de su origen. La voluntad creadora y la fuerza creadora de que emanó perviven y perduran en ella, inspirando nuevas y nuevas creaciones. (pp. 60)

Ciertamente, respecto al señalamiento de Cassirer, la creación artística en su necesidad de presencia ante el mundo materializa la voluntad y la fuerza creadora para preservar consiente e inconscientemente la esencia humana; pero el autor olvida que lo que esencialmente conlleva a la permanencia en el tiempo de una obra es indiscutiblemente el arraigo ineludible de su impacto como expresión de un contexto y momento particular; esto es precisamente lo que conduce la obra hacia su exterior, eso que podríamos llamar su cultura y su sociedad.

Ambas condiciones acompañan al artista y se convierten en fuente de reflexión constante y de guía hacia un pensamiento construido no sólo para mostrar y representar asuntos formales de la propia creación artística, sino también conceptuales; es decir, la visión y las proyecciones de ideas y significaciones con las que se confronta el ser creador,

amén de la reafirmación como individuo que pretende lograr a través de la obra de arte. Al mismo tiempo, la obra de arte pone de manifiesto que la individualidad pertenece a una realidad más grande que confluye y se nutre de una conciencia colectiva que es reflejo de un tiempo.

Para quienes escriben, el arte y el pensamiento humano desde su encuentro han trastocado ambientes y entornos que, como contenedores de la existencia, han dotado a ese mismo sentido creador de sus más profundos significados. Así, ese pensamiento creador ha generado herramientas, estructuras y eventos relevantes cargados de sentido para los grupos humanos constituidos y conformados como sociedades; gracias a ese sentido creador los seres humanos en comunidad generan una pertenencia y representatividad que les permiten en esas sociedades establecer cargas y distribuciones de roles que determinan y construyen formas de representación; ése es el rastro que permanece a lo largo de la historia.

Quizás parezca exagerado pero, a criterio de los autores, el pensamiento humano creador desde su presencia en el mundo ha mostrado la evolución de la especie humana; esta reflexión surge de apreciar la manera como las expresiones artísticas han posibilitado el observar las identidades y culturas que habitan las múltiples geografías del mundo; de allí que se pueda hablar de un impacto de las artes tan grande sobre las culturas que aún hoy en día se puede apreciar cómo los grandes movimientos estéticos de décadas y siglos previos han influenciado a las estéticas de la actualidad contemporánea; muchas de ellas, aunque más estilizadas, siguen sobreviviendo y continúan con una gran carga mística en el

pensamiento y la identidad personal y colectiva.

El artista desde su pensamiento especial y particular da desde su visión propia y colectiva una corporalidad que acoge esa identidad, por un lado, para satisfacer su necesidad de diferenciarse pero, por otro, también para pertenecer al conglomerado que lo rodea para lo cual elabora símbolos y códigos estéticos (colores, diseños y adornos significativos) relevantes culturalmente que guardan relación y empatía profunda con el entorno que lo envuelve. Dicho proceso cimienta una parte de la identidad cultural que estaría constituida por un desarrollo más complejo de la existencia; de allí que se complejice nuestro ser y se arraiguen planteamientos filosóficos y psicológicos que justifican y validan nuestro rol personal como colectivo, lo que en esencia da sentido y permite conjugar lo real con lo irreal de nuestra identidad e imaginarios socio culturales.

El arte se relaciona con la sociedad en su dinámica de intercambio de impresiones, las cuales afloran desde lo que observa, analiza y construye para ella. En esta sinergia, el arte crea unos lenguajes que pueden variar con el paso del tiempo a tono con los cambios de la propia sociedad y que lo muestran en sus aspectos constitutivos con significados relevantes para un conjunto humano específico; por ello, el artista puede incorporar en su quehacer necesidades funcionales orientadas a edificar “objetualidades” de uso significativas para una sociedad en particular y que responden a necesidades contextualizadas; por ello, el artista se entremezcla con el espacio que habita, amalgamándose y relacionándose con quienes convive para comulgar entre sus valores simbólicos.

Es en esta vibrante dinámica, donde el trabajo de los artistas se redimensiona pasando del estado

íntimo y personal al plano colectivo; es allí donde se han construido cosmogonías colectivas e individuales que con el correr del tiempo, la información y opciones culturales han trasuntado en obras artísticas representaciones de un mundo social que da fe de lo cambiante y variado que somos como seres humanos.

Lo que el ser humano llama realidad, es un conjunto de símbolos conscientes que todo el conglomerado social aprueba como “verdaderos”, “verosímiles” o “creíbles” y el artista está consciente de ello; de modo que, el arte es una manifestación de lo que el hombre y/o su sociedad asumen como aceptable, como posible, como representable, como dialógico o como auténtico. Luego, las materializaciones del arte que nacen en la individualidad se fortalecen y cobran sentido en su rol colectivo por la apertura de las esferas sociales. Jameson (1998) considera:

(...) la "realidad" es lo Imaginario: aquello, precisamente, que constituye para el Sujeto una totalidad de sentido sin fisuras, que le da una plenitud ante sí mismo y ante los otros. O, para mayor precisión: la "realidad" es un ceno anudamiento de lo Imaginario y lo Simbólico, que permite que la experiencia compartida de la realidad (el "código" universal de la lengua, por ejemplo), deje lugar para la singularidad de la imagen vuelta sobre sí misma. Lo Simbólico se monta sobre ese Imaginario (está claro, por ejemplo en la teoría lacaniana del estadio del espejo, que lo Imaginario es imprescindible para la simbolicidad) para cuestionar desde adentro, aunque de manera inconsciente para el Sujeto,

(...) (p. 49)

Esta mirada de lo real a la que alude Jameson se aprecia de cierto modo en creaciones como las del artista plástico Marc Chagall, quien es un creador que desde su obra ha proporcionado testimonio de la posibilidad infinita de integración de múltiples códigos, conceptos, ideas, relatos y cuentos convertidos y traducidos en un lenguaje-relato muy personal que recrea desde su inconsciente una realidad interna muy propia; es decir, se trata de una visión particular del mundo pero que no se encuentra jamás ajena de las percepciones del colectivo; de allí su aceptación como elemento integrado de un mundo social común. En la tangibilización de una realidad tan particular como aquella de Chagall se puede apreciar como el conocimiento se articula con múltiples elementos compositivos que al final se configuran en una lectura surreal; su obra se sintetiza en visiones que aluden a sueños o lo lúdico, formas que pertenecen al mundo de lo real pero habitando en el plano de lo irreal.

Esta muestra de creación en un ambiente social que observaba e interpreta el mundo como una fotografía de lo real, deja evidencia clara de que el arte transporta, transpone, añade, complementa e integra todas las existencias -aún las más estigmatizadas- y proporciona las posibilidades de discernir sobre los fenómenos significativos que atañen al hombre, amén de facilitar la oportunidad de indagar dichos significados a modo de explorar qué está ocurriendo en él y en los grupos humanos que habitan a su alrededor.

Irónicamente, la sociedad impone al arte

plástico -a pesar de ser uno de sus medios de expresión cultural más honesto y real- elementos que lo instituyen para revestirlo de validez en su propio hacer; nos encontramos con instituciones que esencialmente le instauran ciertos patrones, reglas, leyes y códigos: la estética, que según Lourdes Méndez (2009) podría considerarse como el “régimen de identificación del arte”, asume el valor estético en función del valor que se le dé a una obra y es ese valor aquello que la legitima como arte. En este sentido podríamos considerar que la estética sí instituye al arte, independientemente del contexto histórico, los imaginarios sociales y las diversas perspectivas que una sociedad tiene de ella pero oculta, en términos de Castoriadis, una marca social instituyente.

Aunque el arte en general como forma de expresión cultural instituida y establecida socialmente (no como los sistemas jurídicos, el de derecho o la ley, sino como la forma en que se establecen e instituyen sistemas de reglas que quizá instauran de cierta manera algún orden social) atribuye significaciones sociales centrales como lo planteara Castoriadis en su momento, también se hace acreedora de un conjunto simbólico colectivo e independiente de “creación incesante”; esto es, de formas propias a través de las cuales la sociedad se proyecta libre y simbólicamente.

Esto permite entender que el imaginario es una representación que se establece y se materializa a través de la institución, cómo acentúa Lourau, citado por Mora (s.f.): “Las instituciones se hayan presentes antes que nada en lo imaginario”; ya que cada sociedad, le confiere al arte, una apreciación, un estatus, un adjetivo estético, un valor, un significado que será re-significado o reinterpretado de acuerdo a la cultura, sociedad y contexto vivido, tal como

Castoriadis (1983) lo expresara: “la sociedad no es un conjunto, ni un sistema o jerarquía de conjuntos o de estructuras. La sociedad es magma y magma de magmas” (p. s/n).

En otras expresiones del arte como la Literatura, pueden citarse infinidad de ejemplos que, más allá de los movimientos literarios, dejan entrever una estrecha relación entre el arte literario y el influjo social; obras como *Pedro Páramo* y *El llano en llamas* dan cuenta de todo un itinerario sociocultural que no sólo revela el sentir del artista literario en su individualidad, en este caso Juan Rulfo, sino el sentir de todo un continente que puede verse identificado entre esas realidades dibujadas de la mano de un escritor mejicano que descarnadamente revela las angustias de las naciones latinoamericanas desde su visión social local. Otros escritores influidos por la institución estética, o regidos por movimientos literarios como el Romanticismo o el Realismo, han permitido al arte literario abrir una ventana hacia unas individualidades que revelan un mundo social colectivo y sus males, tal es el caso de Gustave Flaubert y su afamada obra *Madame Bovary* o del inmortal Víctor Hugo con su muy conocida obra romántico-realista *Los miserables*.

Tiempo y espacio: categorías históricas para el estudio del arte y la cultura

Tiempo y espacio son nociones heredadas del discurso histórico; sin embargo, tales categorías no responden a un invento disciplinar prefabricado sino que nacen de la propia realidad vivencial y de los propios fenómenos que observa el ser humano. La

mente humana ha estado configurada desde el inicio mítico de la vida desde esa relación tiempo-espacio que resulta dual y que permite al hombre ubicarse o posicionarse en el mundo material en el cual acciona; el tiempo es la categoría mítica por excelencia que se ha generado como base de inicio de lo sagrado y, por ende, desde la noción temporal el hombre se ubica en su mundo material (espacio) y ahí dispone todo su universo simbólico.

Consecuentemente, es muy poco probable no encontrar estas categorías como base de la vida misma del ser humano y de su comprensión del mundo y, por lo tanto, es inadmisibile no percibir las como base el pensamiento científico universal.

Un investigador que se precie, debe reconocer que estas categorías naturales a la vida obligatoriamente marcan las Ciencias Sociales y que son forzosamente necesarias para detener un fenómeno en un momento y circunstancia particular para descubrir su dinámica. ¿Cómo puede un área disciplinar como la Historia (que ha sido tasada por muchos investigadores como una ciencia que busca conformarse como tal desde la apropiación o creación de teorías y métodos para generar rigor científico) mostrarse flexible ante la apreciación de fenómenos culturales? La respuesta es simple: la mente humana no puede flotar en el sin tiempo y el sin espacio y ningún proceso ni suceso es aislado; por lo tanto, las categorías históricas pueden amoldarse a cualquier proceso de investigación sin que aten las investigaciones a rigores de ningún tipo sino que, por el contrario, permiten a cualquier investigación establecer criterios precisos para lograr sistematicidad científica desde la flexibilidad de tales nociones.

Efectivamente, una investigación cultural no puede posicionarse en lo abstracto, en el limbo de la mente humana, sino que debe detenerse en el aquí y el ahora para poder apreciar los fenómenos y los procesos culturales de forma concreta de la manera cómo ellos ocurren en relación con los individuos que los perciben; comprender el valor de dichas categorías no es fácil si ellas no se problematizan como elementos trascendentes para cualquier estudio cultural.

Partiendo de esa última apreciación, es menester señalar que las nociones aquí (espacio) y ahora (tiempo) son categorías inseparables e indisolubles pero a la vez multidimensionales porque, precisamente, múltiples escenarios hacen variar los eventos aunque todos se den en el mismo plano temporal. Tiempo y espacio permiten entender la mente de las personas en cualquier sociedad en vista de que sus visiones del medio sociocultural que los rodea se ven marcadas por su percepción del mundo, ya sea esa percepción individual o colectiva.

Tiempo y espacio son categorías muy abstractas que han sido motivo de discusión desde distintas ópticas, desde los ojos de filósofos, historiadores, geógrafos, artistas plásticos y literatos hasta físicos y matemáticos puesto que ellas están siempre presentes en toda imaginación, toda representación y en cualquier tipo de medición del universo. Toda experiencia cognitiva del hombre ante la comprensión del mundo que le rodea -y le permite ser- está marcada por estas nociones; de manera que, sin las categorías tiempo y espacio es casi imposible para el hombre ser o estar en el mundo. El ser se circunscribe a esferas de comprensión humana que llevan a asir el mundo de alguna manera pues para

definir, explicar y analizar el mundo se requiere de habilidades para volverlo concreto. Vivir superpuesto en el mundo sin asidero espacio-temporal es prácticamente insostenible para la mente humana.

En cualquier tipo de ejercicio mental -ya sea de pensamiento cotidiano, ya sea intelectual- el tiempo y el espacio permiten dar nombre a los objetos del mundo, ordenar la realidad y los hechos y jerarquizar tales hechos de la realidad para hacerla comprensible a la mente humana, sólo así se hace posible poderla comunicar. Percibir el mundo desde esas categorías ayudan a describir los fenómenos que se manifiestan en un espacio definitivo y en un momento particular para denominarlos, describirlos, analizarlos y explicarlos; en el campo de la cultura es imposible hablar de forma general sin particularizar los fenómenos en relación con las categorías tiempo y espacio desde el momento en que cada cultura es distinta y los eventos que en ella se suscitan son irrepetibles y diferentes.

En el campo de la cultura, no pueden establecerse generalidades pero pueden establecerse relaciones de similitud, convergencia y divergencia para luego hacer alguna proyección generalizante, siempre buscando determinar los fenómenos y explicarlos desde sus particularidades. Comprender las nociones de tiempo y espacio no sólo permite al investigador asumirse en su presente sino en relación con sus eventos pasados, haciendo proyección sobre los hechos futuros. De modo que, comparar y contrastar para reflexionar sobre la cultura necesariamente requiere de detener los fenómenos culturales en un aquí-ahora para comprender el allá-en-aquel-entonces e imaginar el allá-más-adelante.

Esas categorías también permiten -es

imperioso recalcar- comprender las múltiples dimensiones de las sociedades humanas; lo que ocurre en un momento particular no se da de igual forma en todas las sociedades; por ende, hay que comprender que el tiempo es multidimensional y que simultáneamente en un mismo segundo se suscitan múltiples acciones en distintos otros espacios que conforman otras dimensiones. Miles de acciones un mismo tiempo sólo pueden ser diferenciadas desde la noción de espacio; por consiguiente, tiempo y espacio son dos nociones que funcionan recíprocamente en interdependencia como hermanas gemelas y por ello no pueden ser separadas.

Cualquier fenómeno de investigación cultural, debe tener en cuenta la "herencia" que ha recibido el conglomerado cultural objeto de estudio; es decir, los valores, la tradición, los ritos o las costumbres, entre muchos otros aspectos dado que lógicamente, las sociedades suelen transformar muchas veces sus formas de vida, sus pensamientos y necesariamente su manera de accionar ante la realidad a lo largo del tiempo. De manera que, para estudiar una civilización, un proceso cultural o un hecho histórico, es necesario indagar y vislumbrar lo que sucedía en el momento en que se realiza el estudio y para ello es necesario escudriñar las formas de pensar del momento así como las necesidades y las circunstancias sociales que rodean al hombre y su cultura.

En lo atinente al espacio físico -entendido desde la Geografía y la Historia- bien puede corresponder a los espacios mentales en la cosmogonía de los pueblos; de manera que, realizar estudios culturales también implica establecer las conexiones que el

hombre logra con su espacio y las maneras cómo interactúa en él ya sea con el propio espacio o sea con otros seres sociales; todo ello porque el espacio incide directamente, como se explicó previamente, en la manera como el hombre elabora sus representaciones culturales y sus conexiones con el mundo.

El hombre es un ser social por excelencia, y estas sociedades se organizan y ubican en espacios geográficos diversos que difieren en condiciones climáticas, en recursos aprovechables que influyen directamente en el devenir de cada sociedad. De allí que el espacio, en materia de estudios culturales, debe ser de interés para la investigación pues a través de él también se aprecian las formas de pensar dado que ya sea el espacio natural o aquel transformado por el hombre -y que es continuamente renovado- da cuenta de la manera como apreciamos el mundo; es por ello que, el estudio del espacio permite analizar las relaciones, conexiones, divergencias o convergencias entre lo natural y lo social.

La noción de aquí y ahora conlleva al estudio del contexto social y por ello, en cualquier investigación cultural bien vale la pena detenerse en un corte sincrónico, cuyo estudio permita lograr resultados que luego puedan ser trasladables al desarrollo diacrónico de las sociedades. ¿Pero, qué puede observarse en este lugar-tiempo en que se posiciona un individuo para sus indagaciones culturales? La aprehensión del fenómeno en las esferas espacio y tiempo es una forma creíble para atrapar los procesos culturales en producto creados en lugares y momentos concretos donde el pensamiento humano logre ser materializado; así que también puede el investigador lograr posicionamientos, con las categorías espacio y tiempo,

para la selección de las fuentes entendiendo que tales apropiaciones darían evidencia informativa contenida en múltiples objetos culturales. Tales objetos materiales culturales van desde documentos escritos, orales, pictóricos, musicales, entre muchos otros que permitan lograr la ampliación del concepto de fuentes.

La cultura en y desde al arte: reflexiones finales

El ser humano debe ser capaz de vivir y percibir el mundo que le rodea y sus esencias; desde la percepción, el arte se configura como una vía para la concreción del pensamiento del hombre en un producto meramente humano. La red simbólica perceptiva que el hombre es capaz de crear puede revelar el universo cultural que define su identidad y que lo distancia de otros conglomerados sociales; el imaginario estético de un pueblo revela la manera como el ser humano percibe su mundo y a partir de ello podemos referirnos a cada cultura dentro de su dinamismo particular pero también podemos hacerla entrar en diálogo universal infinito.

Arte y cultura se relacionan, porque el primero para su producción y creación no puede prescindir de la segunda que contiene la presencia de un grupo social y a la vez cada individuo en un contexto y momento determinados; el artista en general tiene una dinámica que desemboca en la materialización del objeto artístico, el cual para justificar su existencia tiene que ser consumido por una sociedad sólidamente identificada culturalmente. Este objeto creado por el artista como individuo que plasma su sensibilidad, su pensamiento y conocimientos, posee un lenguaje que da sentido comunicacional y

significativo a esa realidad sociocultural; ese lenguaje es asimilado y percibido hasta el punto que gracias a él se refuerzan representaciones que dan sentido a las estructuras que permite la convivencia humana y la supervivencia de su pensamiento.

REFERENCIAS

CASTORIADIS, Cornelius. 1983. "El imaginario social moderno: politeísmo y modernidades múltiples". [En línea] Dirección URL: <http://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:n4bjg81l0AoJ:docplayer.es/14398396-El-imaginario-social-moderno-polyteismo-y-modernidades-multiples.html+&cd=1&hl=es-419&ct=clnk&gl=ve> [Consulta: 12 de Julio de 2016].

_____. 1997. "El Imaginario Social Instituyente". *Zona Erógena*. N° 35. 1997.

_____. 2004. **Sujeto y verdad en el mundo histórico-social**. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

CASSIRER, Ernst. 1999. **La Tragedia de la Cultura**. s/l: Ediciones laleph.com

FISCHER, G. N. 1992. **Campos de la Intervención en Psicología Social**. Madrid. Narcea Ediciones.

HAUSER, Arnold .1975. "Fundamentos de la Sociología del arte". Madrid Ediciones Guadarrama. [En línea]. Dirección URL:

<https://es.scribd.com/doc/134768281/Arnould-Hauser-Sociologia-del-Arte> [Consulta: 2 de Agosto de 2016].

HEIDEGGER, Martin. 2000. **Los problemas fundamentales de la fenomenología**. Madrid. Editorial Trotta, S.A.

JAMESON, Frederic; ŽIŽEK, Slavoj. 1998. **Estudios**

Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo.

Barcelona, Buenos Aires, México. Paidós.

MARAÑA, Maider. 2010. "Cultura y Desarrollo. Evolución y Perspectivas". *Cuadernos de trabajo*. Nº 1. España: UNESCO Etxea. [En línea] Dirección URL:

http://www.unescoetxea.org/dokumentuak/Cultura_desarrollo.pdf

[Consulta: 15 de Enero de 2016].

MÉNDEZ, Lourdes. 2009. "Antropología del campo artístico. Del arte primitivo al arte contemporáneo". *Les Éditions de Munuit*. Paris Francia. [En línea]. Dirección URL:

http://148.206.107.15/biblioteca_digital/capitulos/74-2229hzf.pdf [Consulta: 3 de Agosto de 2016].

MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES Y DE COOPERACIÓN. 2011. "Batería de Indicadores UNESCO en Cultura para el Desarrollo". Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. [En línea] Dirección URL:

<https://redbgc.files.wordpress.com/2013/05/143987550-cultura-y-desarrollo-indicadores-1.pdf> [Consulta: 22 de Marzo de 2016].

MORA, Daniela. (sf). "El arte como institución desde un imaginario social". [En línea] Dirección URL: https://www.academia.edu/12216642/El_arte_como_instituci%C3%B3n_desde_un_imaginario_social [Consulta: 12 de Julio de 2016].

SUPISICHE, María Clara. s/f. "Las vanguardias del siglo XX: la belleza de la provocación". [En línea]. Ponencia presentada en el IV Encuentro Nacional de Docentes Universitarios Católicos. Dirección URL: <http://www.enduc.org.ar/enduc4/trabajos/t134->